

no saben lo que hacen.» Veía al dichoso ladrón con el semblante iluminado por la gracia de nuestro Señor Jesucristo, y asegurado con la promesa del Divino Salvador: «Hoy estarás conmigo en el Paraíso.» La purísima Virgen y el discípulo amado estaban aquí. ¡Aquí! Aquí mismo, fué cuando el más amoroso de los hijos, volviendo la vista por entre la multitud que rodeaba el pie de la cruz, fijó los ojos en su santísima Madre y en el apóstol San Juan, y con una ternura inefable y divina, pronunció aquellas solemnes palabras: «Mujer hé ahí á tu hijo.» «Ahí tienes á tu Madre.» ¿Conque es verdad? No hay duda; María es madre nuestra y nosotros somos sus hijos. Tal es la voluntad de nuestro divino Salvador.... Veía al divino Jesús cubierto de heridas, descoyuntados sus huesos, acelerada la respiración con la agonía y exclamando entre tanto tormento: «Tengo sed.» Veo aquellos crueles soldados ofrecerle vinagre y amargas burlas para apagar su ardiente sed. Le oigo quejarse con las limeras voces de su abandono. «Dios mío! Dios mío! Por qué me has desamparado?» En fin, lo oigo exclamar con fuerte voz: «Todo está consumado.» E inclinando su augusta cabeza, lo veo espirar pronunciando las palabras: «Señor, en tus manos encomiendo mi espíritu.» ¡Oh, que escena de horror! El sol se oscurece, tiembla la montaña, las piedras se chocan unas contra otras, partiéndose con horrible fragor; el velo de templo se rasga por la mitad; los muertos resucitados salen de sus tumbas; la multitud que presenciaba este espectáculo se dá golpes de pecho, y hasta el oficial que manda á los soldados, esclama: «En verdad era este hijo de Dios.» Entonces volviendo de mi enagenamiento, fuí y me prosterné en el lugar donde levantaron la cruz, y adoré con toda la efusión de mi corazón á nuestro Señor Jesucristo. Me parecía sentir en mi cabeza gotear la sangre caliente del divino Redentor, y escuchar la voz de Jacob, que decía: «En verdad es este un lugar santo y la puerta del cielo.» *Vere locus iste sanctus est et porta cæli.* ¡Oh qué felicidad estar en el Calvario! ¡Qué dicha tan grande estar en Jerusalem! ¡Qué auxilio tan eficaz para ser buen cristiano! Carpio describe la muerte del Redentor en la siguiente composición:

LA MUERTE DEL REDENTOR.

Aquel Señor que en el profundo cielo
Derramó sus magníficas estrellas,
Que lanzadas cual rápidas centellas
Pasan gloriosas con inmenso vuelo:

Los ojos vuelve al enojado cielo,
Los ojos digo, pues las blancas manos,
Traspasadas con clavos inhumanos,
De moverse no tienen el consuelo.

Aquel Señor que sumergió enojado
El Popocatepetl y el Himalaya,
Haciendo de la tierra un mar sin playa
Do el hombre criminal quedó anegado;

Privado de su honor y de su gloria,
Para más agravar su pesadumbre,
Repasa con amarga certidumbre,
Del mundo ingrato la tremenda historia.

Hoy sin honor y pobre y desvalido,
En la cumbre del Gólgota tremendo
Colgado de una cruz, está muriendo
En medio de su pueblo enfurecido.

Y el Dios terrible cuyo enojo espanta
La tierra, el mar y el anchuroso cielo,
Un solo palmo no encontró de suelo
En que apoyar su lastimada planta.

Hostigada la cólera del Padre
Cual rápida corriente se desata,
Y en su furioso vórtice arrebatada
Al Discípulo, al Hijo y á la Madre.

Entre el tormento que el verdugo emplea
Entre la maldición y el alarido,
Murió por fin á su dolor rendido:
¡Ay infeliz de la nación hebrea!

Sin fuerzas, y sediento y desvelado,
Dios es la burla y risa de la gente;
A la izquierda y derecha un delirante,
Jesús en medio á cargo del soldado.

Tiberio en tanto en la estruendosa Roma
Entre el oro y la púrpura del solio,
Al orgullo del alto Capitolio
Juntaba los placeres de Sodoma.

¡Ay de mí! ¡Cual estás, qué diferente
Hoy te presentas del que ser solías,
Cuando allá en el Tabor resplandecías,
Cuando increpabas á la mar hirviente!

¿Como es, Señor, que estás tan humillado
Tú, cuya airada faz relampaguea,
Que si tocas un monte, el monte humea,
Que si tocas el mar, huye espantado?

La tibia sangre, y el sudor gotea,
El desamparo y la congoja crece,
Y el cuerpo desangrado se estremece
¡Ay infeliz de la nación hebrea!

¿Te has olvidado del honor divino
Que debe darte el hombre miserable?
¿Dónde apagaste el rayo formidable?
¿Dónde dejaste el trueno y torbellino?

¡Pueblo infeliz! ¿en qué pudo ofenderte
Ese inocente de congojas lleno?
¿Ni qué mas pudo hacer un Dios tan bueno
Qué por amor á tí sufrir la muerte?

Ese que ves tan pálido y sin vida,
Desfigurado su semblante bello,
Con sangre endurecido su cabello
Y abierto el pecho con profunda herida:

Bebió por tí la copa de amargura,
Copa terrible que beber debias,
Y al tremendo patíbulo lo envias
En premio de su amor y su ternura.

Ese pobre que á fuerza de tormento
Ha espirado, y á fuerza de pesares,
Vale mas que la tierra con sus mares,
Vale mas que el inmenso firmamento.

¡Espantoso deicidio, que horroriza
Al corazon mas duro y delicuente!
De horror se pone pálida la frente,
Y el cabello tambien de horror se eriza.

Vendrá tiempo en que principes y sabios
Doblen ante El sumisos la rodilla,
Y desearán con humildad sencilla
En sus sangrientos piés poner los labios.

Caton rasgando con su propia mano
La misma herida que se dió en el pecho,
De su alma atroz manifestó el despecho,
No la virtud heroica de un romano;

Colocará su trono reluciente
Mas allá de ese cielo diamantino,
Y ante ese rostro espléndido y divino
El querubin humillará su frente.

Pero Jesus con inclita grandeza,
Entre la execracion y los dolores
Ruega por sus verdugos y opresores,
Y muere sin orgullo y sin vileza.

A sus piés pasarán con vuelo inmenso
Los brillantes luceros á millones,
Que humildes le darán adoraciones
Entre el olor y el humo del incienso.

Despues me dispuse leyendo el Evangelio, á acompañar la triste procesion que se hizo el viérnes santo en la tarde, desde el Calvario hasta el Santo Sepulcro. José de Arimathea, discípulo oculto del Salvador se presentó á Pilato, pidiendo el cuerpo del Crucificado. Se lo concedió; y luego provisto de una sábana limpia, y acompañado de Nicodemus, que traia cien libras de una composicion aromática de mirra y aloé, se dirigió al Calvario para bajar el cuerpo de nuestro divino Salvador. Este fué el lugar donde estaba la santísima Virgen, cuando bajaban de la cruz á su divino Hijo. Aquí recibió los clavos ensangrentados que aseguraban sus piés y sus manos. Mirad: ya José y Nicodemus han bajado el santo cuerpo y lo han puesto á los ojos de la aflijida Madre. ¡Oh qué destrozo! Qué crueldad! Quiere quitarle la corona de espinas, que con la sangre

cuajada, las espinas enterradas en el cráneo y los cabellos enredados se dificulta desasirla y despegarla de la cabeza; costándole lágrimas de sus ojos, y sangre de sus purísimas manos, desgarradas con las espinas, consigue al fin separar de la cabeza de su divino Hijo aquella cruel corona. ¿Cuál seria su dolor al ver aquel rostro admiracion de los ángeles, ahora ensangrentado y desfigurado con las sombras de la muerte? ¿Qué no sentiria al ver agujeradas y destrozadas aquellas manos omnipotentes, que tantos beneficios habian derramado en todas partes? Aquel corazon tan compasivo y amoroso, foco de amor para con los hijos de los hombres, ahora abierto y desgarrado por una lanzada.....! Cargando el cuerpo José y Nicodemus, y ayudándoles el amado y fiel discípulo, comienzan á descender el Calvario, para ungirlo y prepararlo para la sepultura, en una piedra grande que se halla á poca distancia. La purísima Virgen, la Magdalena y las otras mujeres, van siguiéndolos hasta llegar á la piedra mencionada. Estiéndese allí la sábana, colocan el cuerpo sobre ella, y comienzan á lavar la sangre para embalsamarlo despues. Las llagas que cubiertas con el polvo y sangre cuajada se ocultaban, aparecen en toda su profundidad. Y María veia todo esto y contemplaba silenciosa, el destroso verificado en el cuerpo de Jesus, aquel Jesus que ella habia alimentado con su leche virginal; que estuvo reclinado en su seno, cuando el anciano Simeon le profetizaba lo que ahora la llena de tristeza y amargura. En fin despues de haberlo embalsamado, lo envuelven en la sábana y se preparan á conducirlo al sepulcro. ¿Cómo no conmovese con semejante escena? ¿Cómo no llorar de pesar, por haber causado con nuestros pecados, un dolor tan sin igual á nuestra buena Madre María? En fin lo han colocado en el sepulcro: han puesto ya la lápida que lo cubre, y María acompañada de Juan, Magdalena y las demas piadosas mujeres, tiene que retirarse de allí, porque ya la noche cubre con su sombra la ciudad maldita y el Calvario. Yo me dirigí entónces al Santo Sepulcro, y de rodillas delante de aquel túmulo, me puse á leer los sentimientos y reflexiones que un piadoso escritor habia tenido refiriéndose á aquel mismo lugar, dice así: «¡Oh

qué silencio! ¡Qué consternacion! ¡Qué tinieblas y oscuridad me circundan! Una profunda y augusta noche cubre con sus sombras á la tierra. Ella pesa sobre la naturaleza adormecida, cuyas vastas campiñas yacen tambien sin movimiento y sin voz. El aire asustado contiene sus alientos gemebundos; solo el silencio de la muerte reina sobre la naturaleza aterrorizada, y con cuyo luto manifiesta el universo, que su Autor, su Señor es el que reposa en este túmulo.... ¡Qué calma tan fúnebre! ¡qué lúgubre silencio! Un negro velo cubre los cielos. Un silencio de muerte reina en todas partes sobre la tierra. Yo no oigo mas que los latidos de mi corazon y los gemidos de mi alma adolorida..... Postrado al lado del santo túmulo, adoro profundamente á mi Salvador, con el rostro pegado á la tierra, y cubriendo con mis temblorosas manos mi semblante inundado en llanto. El Hijo del Altísimo, el Hijo del Dios vivo, el Esplendor de su luz, Aquel á quien postrados, saludan los cielos con el nombre de Eterno y cuya palabra dió la vida á este vasto universo..... Jesus, Jesus el objeto de mi amor, está encerrado en este sepulcro solitario, tallado en la dura roca..... Cuerpo adorable tan desfigurado por los mas espantosos tormentos y por la muerte mas horrible, ¡ah! permitidme que yo te bañe con mis lágrimas.... tormentos que el alma aterrorizada tiembla al imaginar, y que no podrá expresar nunca ni la palabra de los cielos, aunque ellos canten á los pies del Eterno su gloria inmortal..... ¡qué palidez! ¡qué palidez, gran Dios! Descolorido aquel semblante en que no ha mucho, se pintaban con tanto encanto en su inefable union, una grandeza toda divina, la calma de los cielos, la sonrisa del perdon y la humana bondad unida con la celestial clemencia! Sus párpados cerrados, aquellos ojos tan dulces, santuario del amor, de donde no salian sino miradas de ternura, están enteramente apagados; pero húmedos todavia con algunas lágrimas, intérpretes de una piedad siempre constante. Su boca divina cerrada con el sello de la muerte..... Aquellos labios adorables, de donde no salian sino palabras de vida, en cuya celestial sonrisa se retrataban las delicias de los cielos; que no se desplegaban sino para anunciar clemencia; para pronunciar el perdon de los pecados; ahora lívidos

y secos.... Aquellas manos que repartian beneficios por do quiera; frias, sin movimiento, agujeradas y ensangrentadas.... su sagrada cabeza y ensangrentada cabellera se posan sobre la húmeda piedra... Aquel seno del Señor abierto á todos los infelices..... inmóvil ahora y cubierto con fúnebres lienzos Aquel costado abierto con la lanza; aquellas profundas llagas, aquellos pies que andaban constantemente tras la ovejita descarriada..... ¡Oh Jesus mio! ¡Amor mio! ¡Mi amado Jesus! Escuchad el grito de mi dolor, con este terrible espectáculo que destroza las facultades de mi alma. ¡Qué terrible ultraje! ¡Qué horrendo delito! Cómo habreis herido el corazon de un Padre, que dejándose enternecer por la suerte de sus esclavos, les envía su Hijo único para verificar su reconciliacion, cuando El vé que ellos con sus mismas manos inmolaban á su Libertador..... ¡Oh cielo santo! ¿Quién es pues el monstruo, que osó cometer tal crimen y empapar sus manos homicidas, en la sangre del Hijo amado del Altísimo? ¿Quién es el bárbaro que se atrevió á tejer en su augusta cabeza esa corona de espinas cubierta con su sangre cuajada? ¡Oh Jesus, el mas amable y mas bello de los hijos de los hombres! ¿Quién es pues el que te ha desfigurado de tal modo? ¿Quién osó machacar vuestros miembros adorables, y desgarrar el divino cuerpo de Aquel que inundó todas las heridas con un torrente de lágrimas?..... Acércate pecador..... Ven á contemplar todas estas llagas, ven á ver si tu sabes quien ha dado todos estos golpes.... Te pones pálido y te detienes de horror..... Acércate un poco mas; pon tus manos sobre este sangriento cuerpo, inclina tu vista sobre este semblante lívido, y atrevete á jurar que tú no eres el homicida. ¡Oh Dios mio! ¡qué turbacion surge del fondo de mi alma! ¿De qué proviene que yo me estremezca de horror y de indignacion? Conteniendo la respiracion con el temor, palpita mi corazon bajo el peso del horror.... Asaltado por el terror, siento que me penetra hasta la médula de los huesos.... ¡Gran Dios! ¿Soy yo pues el culpable? Una voz que yo en vano intento sofocar, resuena hasta el fondo de mi corazon y me grita: «sí, desgraciado, eres tú....!» yo.... «Sí, tú mismo....» Yo culpable del mas horrible de los delitos, del mas monstruoso atentado? Pregunto, dónde está el culpable, y lo

soy yo mismo! ¿Yô soy el homicida de mi Dios? Sí, yo soy un deicida!... ¿yo un deicida? ¡Ah! ¿puedo pensar en esto sin que mi corazon se haga pedazos de dolor, y sin derramar torrentes de lágrimas? ¿Puedo yo sin expirar de dolor, oír la voz de la sangre de mi Jesus que me repite sin cesar: «sí, tú eres quien con la mano de los verdugos, me haz azotado, golpeado, herido, ensangrentado, coronado de espinas. Y estos verdugos son tus delitos...» ¡Mis delitos! ¡Oh alma mia! humíllate en el polvo. ¡Oh pecado! monstruo horrendo! ¿Quién no se horroriza á tu vista, quién no huirá hasta de tu sombra, pensando que tú eres la causa de la muerte de mi Dios? ¡Y qué muerte! ¡La muerte de cruz!... ¡Oh prodigio! ¡oh misterio inefable! El malvado peca y el justo es castigado; el delincuente incólume, y el inocente tratado con rigor extremo.... El Eterno abandona su Hijo único para redimir un vil esclavo....., El Autor de la vida se deja conducir como un cordero, al matadero. Un hierro homicida taladra sus pies y sus manos benéficas, y la sangre derramada borra todos los pecados de sus criaturas. ¡Oh misterio de clemencia! ¡Oh exceso de compasion, de caridad y de misericordia! ¡Oh Jesus, promesa del Altísimo, llena de felicidad, de paciencia, que nos habeis regenerado con la sangre y los horrores de tu muerte! Tiernísimo Libertador, Redentor, Salvador tan bueno, tan generoso, Jesus, único perfecto amigo! Jesus, Dios de mi vida! Jesus, amor de los amores, cuyo divino corazon es la fuente inextinguible de la clemencia y del perdon, del amor generoso y fiel, de la bondad sin medida ni límites. ¡Oh yo vuelvo á vos en este instante, y no quiero dejar que se aleje mas ni un solo momento mi espíritu y mi corazon de vuestra memoria y de vuestro amor. Yo quiero poner de hoy en adelante, toda mi gloria en perteneceros, en amaros, en servirlos y en conformarme en todo á vuestra santa voluntad. ¡Ah! ¿no seria el delito de los delitos, rehusar mi corazon á un Dios que me amó hasta dar su sangre y su vida por salvar mi alma? Sí, mi alma es el precio de la sangre y de la muerte de mi Dios.... ¡Ah! no olvideis jamas cual sea el valor de lo que le ha costado.... ¡No, Jesus mio! Nada de lo que el mortal intente concebir, se aproximará jamás á vuestros dolores, ¡oh amado mio! ni á la paciencia con que

habeis tolerado vuestros sufrimientos. . . . Mas amoroso que ningun mortal y que todos los espíritus celestes, habeis sufrido los ultrajes del infierno. Enmedio de los gritos y burlas de vuestros enemigos, habeis sido vestido con la púrpura del desprecio, se puso en vuestra real mano una vil caña por cetro, una diadema de abrojos ciñe vuestra divina frente. . . . Se os condujo á la infame colina, y el árbol de la muerte sostiene vuestros ensangrentados miembros..... Habeis expirado en medio de los ardores de la sed, y la hiel empapó vuestros abrasados labios, y el prolongado martirio de la cruz consumió vuestra inmortal vida..... Sepulcro divino, tú encierras todos mis afectos, todas mis delicias; Jesus, mi Salvador, Jesucristo á quien yo adoro y amo con todas las fuerzas de mi corazon y de mi alma. . . . ¡Oh tierno Jesus mio, el mejor y mas amable de todos los señores! cuyos dias no fueron mas que una cadena de beneficios, cuya inmensa bondad daba á los ciegos la luz del cielo, á los sordos la felicidad de oír á sus hermanos; cuya voz resucitaba á los muertos, animaba los miembros secos. Tú, que amaste tanto á los pobres y á los infelices: Jesus, cuya vida toda fué de sufrir y orar, de enseñar la inmutable verdad y de sufrir mas: que haz bebido hasta las heces el cáliz de los oprobios ¡oh amado mio! vos dormis en este sepulcro, arrancado á los tormentos de vuestro cruel martirio..... Dormis, pero con el mismo sueño que en el mar agitado, que no os impidió escuchar los lamentos de vuestros amados discípulos, y que ahora no os hace sordo á la secreta plegaria de mi corazon..... Vuestra eterna y omnipotente Divinidad jamas duerme; y solo los despojos mortales de aquel Ser increado, que no están sujetos á la corrupcion como los míos, y los de todos los mortales, son los que reposan en este túmulo; siempre cerca de vuestra criatura, vuestra divina presencia penetra sus mas secretos pensamientos; ni una palabra puede salir de mis trémulos labios, ni un solo suspiro de mi corazon oprimido que vos ¡oh Salvador y Dios mio! no lo hayais conocido anticipadamente. Sí, Jesus mio, cuya diestra está armada de poder, cuyo nombre es sagrado y que no puede expresarse con ningun nombre, y mucho ménos aquel nombre con